

La comunicación filosófica y su divulgación

Filosofía de la comunicación y comunicación de la filosofía: investigación, educación, formación e información filosóficas*

DR. PABLO LÓPEZ LÓPEZ

RESUMEN: Este artículo afronta la necesidad de estudiar la creciente divulgación filosófica en sus distintos niveles. Lo hace desde el marco de una filosofía de la comunicación, del lenguaje y de la retórica. Tal marco muestra la filosofía como experiencia global de comunicación vital. Así, la comunicación filosófica emerge como base de toda comunicación genuinamente humana. En esta perspectiva comunicativa, se armonizan el papel de la filosofía profesional y el de la popular. También se clarifica una red central de conceptos y de problemas. Por último, antes de las conclusiones prácticas, se muestra un panorama del periodismo filosófico y de la filosofía divulgativa.

SUMMARY: This paper tries to meet the need for a study of the growing popularization of philosophy at different levels. It does so within the context of a philosophy of communication, of language and of rhetoric. This context demonstrates how philosophy is a global experience of vital communication. In this way, philosophical communication becomes the basis for all genuine human communication, and the roles of professional philosophy and of popular Philosophy are harmonized. A core network of concepts and problems are also clarified. Finally, before the practical conclusions, we present an overview of philosophical journalism and of popularized philosophy.

* Este artículo se publica también en la revista "Alpha" de la Asociación Andaluza de Filosofía.

PALABRAS CLAVES: comunicación filosófica, divulgación de la filosofía, filosofía profesional, comunicación, educación, lenguaje, retórica, periodismo.

KEY WORDS: philosophical communication, Philosophy-popularization, professional Philosophy, communication, education, language, rhetoric, journalism.

Introducción

- 1) La filosofía es comunicación, lenguaje y retórica de la global experiencia vital
- 2) Filosofías profesionales y filosofías populares: dos vías de comunicación sapiencial
- 3) Clarificación de cuestiones y de conceptos sobre la divulgación filosófica
 - 3.1) Simplismo, cripticismo, traducciones desorientadas, anglosajonización y retoricismo frente a la necesidad universal de divulgación
 - 3.2) Distinciones conceptuales: del “periodismo filosófico” a la “divulgación filosófica”
 - 3.3) Ciencia, academia y divulgación y la profundidad comunicativa de la filosofía
- 4) Panorama del periodismo filosófico y la filosofía divulgativa
- 5) Conclusiones prácticas

INTRODUCCIÓN

La filosofía se comunica en diversos niveles y estilos que conviene ver en su complementariedad sin confundirlos. En su nivel divulgativo, y sin perder su autonomía sapiencial, colabora con la divulgación y el periodismo de lo científico, académico y cultural. *Siempre ha existido una divulgación filosófica, incluso entre grandes del pensamiento. Mas hoy está creciendo como pocas veces en la historia, en buena parte gracias a nuevos medios como internet.*

Sin embargo, *son prácticamente inexistentes los estudios y la reflexión acerca del periodismo filosófico y de la divulgación filosófica.* Ésta se realiza, crece, pero apenas se evalúa y estudia. Esta modesta contribución ha de ser en buena medida pionera. Compréndase la cortedad de bibliografía específica. Podemos citar y mostrar bastante divulgación filosófica, pero es muy reducido el análisis pormenorizado, sistemático y global sobre la

misma, desde cualquier perspectiva (histórica, sociológica, comunicológica o filosófica). En cambio, un área muy conexas como la de los estudios sobre la pedagogía de la filosofía cuenta con una notable tradición milenaria que hoy reverdece.

En nuestra exposición sobre comunicación y divulgación filosófica no puede faltar una base de fundamentación filosófica. Filosofar es fundamentar del modo más amplio y profundo. No dejaremos sin fundamentación la reflexión sobre cómo se divulga el pensamiento sobre lo fundamental. Así, en la primera parte expondremos *la entraña profundamente comunicativa, verbal y retórica de la filosofía*. Tal entraña comunicativa es la razón última de que luego la filosofía ramifique y adapte al máximo su comunicación. En el segundo apartado concretaremos esta honda identidad comunicativa de la filosofía en *las dos principales modalidades filosóficas, la básica o popular y la profesada como vocación y oficio especializado. Cada una desarrolla sus vías comunicativas*. En la tercera sección presentaremos y aclararemos *unas cuestiones y conceptos básicos sobre la divulgación filosófica*. Dado el carácter pionero de este estudio, no podemos dar casi nada por supuesto, al menos entre las cuestiones básicas. Por último, concretaremos al máximo, abriendo *un panorama de ejemplos señeros actuales de periodismo filosófico y divulgación filosófica*. En esta sección ya se irán dando abundantes referencias de consulta sobre nuestra temática, completando así el presente estudio introductorio a la comunicación filosófica y su divulgación.

1. LA FILOSOFÍA ES COMUNICACIÓN, LENGUAJE Y RETÓRICA DE LA GLOBAL EXPERIENCIA VITAL

La filosofía es comunicación. Ya se enfoque como arte, como ciencia, como búsqueda existencial o como ejercicio académico, *filosofar es un acto de intensa comunicación*. Tal intensidad viene dada por la densidad máxima de sus contenidos y sus elevadas aspiraciones. Presentaremos cada una de estas vertientes complementarias de esta ciencia artística o científico arte, la filosofía, y sus respectivos modos de expresión. Pero antes profundicemos en su identidad comunicativa.

La filosofía es la sabiduría (σοφία), acogida en el amor que la atrae (φιλο). *Y la sabiduría es, de suyo, comunicación. Es intensa y densa comunicación de la verdad más honda, amplia y equilibrada de lo real*. El sabio es quien se ha comunicado vivamente con lo real, a través de otros sabios maestros, me-

diante la magistral naturaleza, y por la revelación que le haya sido dada. Así, comunicándose a fondo con lo real, el sabio participa de lleno en lo real, se realiza y realiza. El sabio no es sino quien vive en fluida, penetrante y global comunicación con el ser: con el ser propio y el ser universal. Su comunicación se halla tan realizada, que es comunión completa, en cuerpo y espíritu, con lo real: con la naturaleza, la humanidad y la sobrenaturaleza.

La sabiduría es inescindible de la paideia (παιδεία)¹. Introduce a fondo en la verdad, es amplia educación. La sabiduría se genera en la comunicación y tiende a la comunicación. ¿Conoce el lector algún verdadero y reconocido sabio que no haya comunicado o compartido el don de su sabiduría, que no haya sido educador?. Según el contexto y el carácter de cada sabio, en su respectiva enseñanza alguno habrá debido ser más reservado, otro más expansivo, y variados han sido sus respectivos procedimientos de expresión. Pero ningún sabio comete el egoísmo de guardar su sabiduría en su cofre personal o en el de unos escasos allegados para que muera con ellos. *La sabiduría es, en suma, difusión y divulgación del saber principal que calan hondo, que educan.* Tan pronto se encierra, se disipa. Es sutilmente aristocrática en sus calidades y llanamente democrática en su propagación.

¿Pitágoras, Confucio, Sócrates, Cicerón, Séneca, Jesús de Nazaret, Agustín de Hipona, Catalina de Siena, Da Vinci o Gandhi no fueron sabios enseñando y enseñantes sabios?. Comunicaban porque sabían y sabían porque comunicaban. Fueron prodigios de sabiduría, comunicación y enseñanza, las cuales en ellos eran una misma cosa: el ser eminente palabra verdadera. En ellos brillaban *los dos aspectos del logos: el de razón y el de su verbal comunicación.* Fueron y siguen siendo modelos de inteligencia y de su verbalización. Fueron y son verbo; fueron y son razón. Alguno más que otro, pero todos dejaron su estela. La sabiduría es inmortal.

Ahora, comunicaciones hay de varios tipos: desde las de tipo físico-químico, pasando por las biológicas, hasta las verbales o específicamente humanas, sin olvidar la de la causa primera, cuya comunicación también es la primigenia. Las verbales irradian incluso en todo gesto humano comunicativo no verbal, pues aun sin abrir la boca, nuestra inteligencia y cosmovisión es profundamente verbal. Somos animales verbales, hasta cuando enmudecemos. También, incluso en solitario, seguimos siendo sociales. Nuestras categorías mentales se hallan estructuradas por las de una lengua o lenguas, enraizadas en los universales del lenguaje. *La sabiduría humana es eminentemente verbal.*

¹ Werner Jaeger lo reflejó ampliamente en su enciclopédica "Paideia".

En efecto, la filosofía y su núcleo sapiencial son comunicación y, más precisamente, lenguaje, concretado en una u otra lengua. Aún más se concretan o particularizan en una retórica peculiar en cada contexto comunicativo y cada personalidad comunicativa. La acción y la pasión filosóficas son retóricas u oratorias porque alimentan una convicción que tiende a transmitirse, a propagarse. Y también es retórica, porque desarrolla la creatividad verbal humana para expresar algo y expresarse como alguien, como sujeto, a fin de conseguir un acercamiento o unión de convicciones y de espíritus. *Por convicción y por creatividad profundas la filosofía es retórica.* Su carácter retórico es muy humano y fortalecedor de su entraña comunicativa. El problema es que, cuando sólo hay retórica y falta contenido sapiencial, la filosofía deja de existir para dar paso al retoricismo y al sofisma.

Pues bien, *la comunicación verbal y retórica sapiencial versa sobre la global experiencia vital, empírico-racional*, no sobre cualquier aspecto aislado de la vida. Lo empírico y lo racional se intercalan y llegan a unirse en una bien desarrollada filosofía o sabiduría. Ésta, no lo olvidemos, es en sí misma comunicación sapiencial. En ella se funden el conjunto de la experiencia humana (yendo más allá de unos experimentos diseñados en laboratorio) y la racionalidad humana completa desde sus principios y conocimientos primeros. La filosofía madura no sabe de unilateralismos racionalistas o empiristas. La experiencia es sensorial y sentimental. El mismo ejercicio de la razón es toda una experiencia. Y toda experiencia humana presupone la razón o viene vertebrada por ella.

La filosofía de la comunicación parte de comprender la filosofía como comunicación. La comunicación filosófica es la filosofía misma en su propia dinámica. Filosofo, luego comunico. Me comunico con el conjunto de lo real a mí accesible, partiendo de comunicarme conmigo mismo de verdad (“γνωθι σεαυτον”). En tanto soy filósofo, me comunico también con mis semejantes para que todos nos asemejemos en sabiduría.

Ahora, la filosofía de la comunicación no se restringe a su núcleo humano. Considérese la amplia tipología cósmica de la comunicación que hemos señalado un poco más arriba. La comunicación abarca también una completa dimensión metafísica. En ella aprendemos que *el ser es comunicación, comunidad, tanto en su unidad, como en su verdad, bien y belleza universales.* La unidad del ser es comunicación de todo lo que constituye cada ente (unidad individual), y de todos los entes (unidad general). La verdad ontológica es precisamente la comunión de todas las respectivas verdades de cada ser. El universal bien ontológico establece la armonía global, con sus inmensos tejidos de causalidades o comunicaciones de ser, desde los cuales el conjunto esencialmente se favorece. La belleza de las cosas es-

triba en su comunicación interna y externa, en su sinfonía y convergencia universales.

El ser es comunicativo gracias a su carácter analógico, que armónicamente combina la real unidad global y fundamental de todo y las reales y distintísimas individualidades. La analogía consiste justamente en tener algo sustantivo en común, en el compartir enjundioso desde la diversidad inequívoca. En cambio, en los sistemas epistémico-metafísicos de tipo univocista o de tipo equivocista no hay fundamento para una real y consistente comunicación. Para el univocismo o monismo (tanto en la tendencia panteísta como en la materialista), en el fondo, no hay comunicación, pues al fin y al cabo todo es una sola realidad, a la que no queda ningún ente distinto con el que comunicarse. Todo es variante superficial o meramente aparente de lo mismo. Aun en las teorías univocistas que admiten el movimiento, éste no pasa de ser un simple autodespliegue, cuyas únicas relaciones son reflexivas. Por su parte, el equivocismo rompe, por definición, un mínimo de comunicación global básica. La extrema diversidad que predica, rompe los puentes entre seres contingentes y sobre todo entre el Ser necesario y los contingentes.

Así pues, el ser es comunicación, como la filosofía misma. Ésta es la ciencia y el arte que mejor expresan el ser en su globalidad y comunicabilidad. *Los grandes filósofos de verdad han sido y son grandes pensadores y grandes comunicadores*. Lo primero no se pone en duda. Pero lo segundo, la excelencia comunicativa, apenas recibe el reconocimiento y el aprecio debidos. Incluso parece a muchos que el filósofo eximio debe expresarse oracularmente, con cierta grandilocuente obscuridad que blasona la enjundia de su mente. Entre los oscuros los hay más pedantes y los hay más tecnicistas, pero en todos ellos domina la vacua apariencia. Unos confunden el arte con lo artificioso y otros toman la ciencia como una burocracia farisea y formalista.

No todo buen comunicador es filósofo. He ahí tantos óptimos periodistas que no filosofan profesionalmente ni descuellan por su hondura. Pero *todo buen filósofo es un buen comunicador, al menos de su sabiduría y de la análoga. Quien ha acogido una luz intensa en su interior, sencillamente la trasluce*. No es esto un acto mecánico, pues quien es luz, está acostumbrado a la labor de abrirse a ella y seguirá trabajando creativamente por ser una luz clara para otros. En cambio, quien se excusa alegando que ha alcanzado sabiduría, pero que no la sabe o no la puede comunicar, es que él mismo no ha comunicado o comulgado con ella. Aun los sabios muy parcos en palabras comparten la palabra esencial.

No se trata de conformarse con un estilo brillante y cristalino, pero pobre en ideas y novedad sapienciales. Pero *desconfiemos del pretendido sabio que, afirmando o dando a entender que posee grandes verdades, re-*

sulta borroso, ambiguo y farragoso hasta para los más pacientes profesionales de la filosofía. Hay afamados autores que muestran no entenderse ni a sí mismos. Y han dejado como principal legado el prolijo discernimiento de lo que realmente querían decir. En lugar de conducirnos a lo real, se constituyen en principal objeto de estudio, provocando la substitución de la filosofía por una depauperada historia de una supuesta filosofía.

La profundidad se demuestra, entre otros rasgos, por la claridad. Ésta no se confunde con la trivialización ni tiene por qué adoptar una forma escolar o divulgativa. Simplemente ha de ser diáfana para el público al que se dirige el mensaje profundo, el público supuestamente preparado para recibirlo. Todo ello hay que ir viéndolo en la historia del pensamiento.

Conviene, por tanto, que concretemos y ejemplifiquemos lo afirmado: la filosofía es comunicación y la gran filosofía es gran comunicación. *Un preclaro modelo de gran pensador y gran comunicador es Marco Tulio Cicerón.* De él, contrariamente a lo habitual para los filósofos, mucho más que su talla filosófica se ha celebrado su excelsitud comunicativa, como cima de la prosa latina y una de las cumbres de la oratoria universal. Puede conjeturarse si su categoría de astro solar de la comunicación literaria y retórica ha ensombrecido sus méritos de gigante del pensamiento, constituyendo la mejor síntesis final del pensamiento pagano o naturalista y un magno adelantado precristiano de la nueva civilización.

Sin embargo, no desaparece en su caso, como en otros similares, la inquietante pregunta: ¿cómo un príncipe de la comunicación, y precisamente en sus registros más profundos, ha sido poco comprendido por tantos y, en consecuencia, insuficientemente valorado como pensador?. No pocos le siguen tachando de “escéptico” o, en sentido peyorativo, de “eclectico”. Aun sin cometer tales errores de apreciación, permanece a ojos de casi todos como un filósofo romano que como tal no pasó de epígono de los griegos, desconsiderándose su crucial proyección histórica como pensador (a través de Lactancio, Ambrosio, Agustín, Escuela de Salamanca, etc.). *¿Ni el mejor comunicador filosófico hace entender bien su gran filosofía?. ¿O sólo a unos privilegiados?.*

La luz alumbra, pero también deslumbra. Da calor, pero puede quemar. Libera de obscuridades, pero compromete con la arriesgada claridad. La luz de quien habla con luminosidad, choca con las tinieblas internas de quien apenas está en condiciones de escuchar. Por el contrario, el que habla desde sombras y penumbras, será acogido familiarmente por los que vivan en similares túneles subterráneos. No les importará que en el fondo no se entiendan entre sí. Basta que resulte sugerente, que dé rienda suelta a una entretenida imaginación y retroalimente un mutuo reconocimiento mantenedor de una artificiosa autoestima.

Hay autores oscuros en ideas y expresión. Y también hay *lectores y oyentes que, pese a tener cierto talento y una vasta formación, para lo profundo son oscuros o torcidos de entendimiento*, impermeables ante óptimas ideas y los mejores comunicadores. Por más títulos y prestigio que acumulen, su educación fracasó en su raíz: fue vasta o extensa, pero basta o tosca en sus fundamentos. Sólo la humildad de reconocerlo puede salvar a tales autores y público.

El ser es comunicación, tanto como la filosofía que lo expresa. No obstante, percibimos una quiebra en la realidad de nuestro mundo y en su comunicación. Palpamos a diario una contracorriente de incomunicación, de falta de comunión. Es mucho más que una cadena paralizante de malentendidos. Algo nos enfrenta con nosotros mismos, con los demás y con el mundo. *La comunicación filosófica y su divulgación deben ser conscientes de tal falta recurrente de comunicación. Tamaña carencia es parte prominente del “mysterium iniquitatis”, de la injusticia que nos asalta a todos. Podemos denominarla “mysterium incommunicationis”.* La maldición de Babel persiste. No podemos ser escépticos de la comunicación, pero hemos de contar con un grado variable, pero siempre alto de incomunicación entre humanos, sobre todo en los temas más humanos como los de filosofía.

De aquí, la necesidad de un esfuerzo permanente de claridad filosófica, que generalmente fluye espontánea de la verdad bien contemplada en su hondura. Semejante esfuerzo por comunicar la claridad de la verdad conlleva la tarea continua de buscarla, esperarla, acogerla y respetarla con primor. Quien aspire a que de verdad le escuchen la verdad, debe vivir en una continua escucha. El buen comunicador debe ser un depurado escuchante. Sin embargo, es muy frecuente que quien por su edad y su jerarquía académica o titulación se estima sabio o gran experto y va largando extensos discursos, escucha poco o nada a otros, sobre todo a los que crea de menor rango. Recuerda al joven intelectualmente inapetente que no escucha a nadie, salvo a algún famoso mediocre. En cambio, *el auténtico comunicador filosófico es un neto y humilde escuchante universal de la sabiduría, venga de quien venga.*

2. FILOSOFÍAS PROFESIONALES Y FILOSOFÍAS POPULARES: DOS VÍAS DE COMUNICACIÓN SAPIENCIAL

La búsqueda amorosa de la sabiduría y su comunicación pueden emprenderse de modo profesional o de modo espontáneo y popular. Conviene

distinguirlos, aunque sin exagerar el contraste. Habrá casos en que la demarcación sea imprecisa y ambivalente. En general, lo deseable es fomentar su natural retroalimentación mutua. El filosofar popular y ordinario es el modo básico, el de cualquier persona y cultura. Sobre él crece el modo más reelaborado y un tanto extraordinario, el profesional.

El modo profesional no es el modo asalariado. No se distingue propiamente por el disfrute de un trabajo remunerado relacionado directamente con un quehacer filosófico, como la enseñanza o la investigación. Esto es secundario, aunque suele ser un requisito práctico. Además, en ocasiones pervierte la actividad filosófica, haciéndola venal y banal, dependiente de honores y emolumentos, sin auténtica libertad de conciencia y expresión. Se adopta entonces el espíritu de tribu académica y no de sincera búsqueda de la verdad fundamental. No se es un profesional de la filosofía porque a uno le paguen y le den un despacho y unas credenciales, sino que uno puede recibir un salario, un despacho y unas credenciales porque es un profesional de la filosofía y su comunicación.

La profesión de filósofo estriba en entregarse al ejercicio diario y ordenado de la filosofía, con coherencia vital. Como quien profesa unos votos, una fe o un gran afecto, con tal pasión y entrega se vive con profesionalidad la filosofía. La filosofía se profesa viviéndola a lo ancho y largo de la vida. No estriba en el cúmulo de tecnicismos y formalidades académicos, que a veces entorpecen el filosofar auténtico. Es, sin más, una dedicación principal, una dilección eminente por y para la sabiduría.

A quien estime excesiva la entrega que describo en el auténtico filósofo profeso, le recuerdo que la filosofía es amor. Como tal, conlleva una apasionada entrega, aunque se viva con gran serenidad y la mayor discreción. La filosofía profesional o profesa responde a *una vocación específica* que desarrolla la general vocación humana a buscar y compartir lo principal de la verdad. Esta universal vocación humana a encontrar la verdad sapiencial nos anima a todos los humanos a ser filósofos y a vivir como tales, a menos que malogremos este impulso tan natural y hondo y nos deshumanicemos.

Por ello, la filosofía más bien espontánea, ocasionalmente cultivada, popular y campechana posee también un gran valor, el más básico, sobre todo para la búsqueda existencial de sentido. Hunde sus raíces en las claves filosóficas de la lengua materna. Y depende, en gran medida, de la posición personal o colectiva ante el hecho religioso. Es humus de la profesional y se riega con ésta. *No se puede ser buen profesional de la filosofía sin ser filósofo del pueblo y con el pueblo.* La poesía de la gran filosofía se amasa con la sapiencial prosa popular. Lo contrario sería como pretender ser un gran lite-

rato u orador sin manejar bien la lengua popular aprendida desde niño. Asimismo, la teología y la mística se basan en la piedad popular.

Ahora, lo sociocultural no debilita la personalidad filosófica, sino que la fortalece. Mientras que las ciencias particulares procuran ser lo más generalizadoras, impersonales, supraculturales y objetivas posibles, la ciencia general o filosofía conjuga la mayor universalidad con la mayor personalización. No obstante, según el autor, se destaca más un aspecto u otro: el científico y objetivador o el artístico y subjetivo. Lo transparenten más o menos, *tanto la filosofía profesional como la popular son algo muy personal*, sin menoscabo de sus vínculos sociales. La filosofía auténtica no comunica cosas de la persona, como anécdotas o meras circunstancias, sino a la persona, en mayor o menor medida. Es la subjetividad objetivándose y objetivando las claves de lo real. Por ello, tantas obras maestras de la filosofía son confesiones, autobiografías o reflejan a las claras el itinerario socio-personal. La persona, bien conocida, revela una síntesis de lo más individual y existencial y de lo más universal y esencial.

Así pues, tales obras filosóficas suelen destacar por su arte expresivo bien personalizado. Aquí tenemos *la vertiente artística, emotiva y más personalizada del filosofar, la que justamente refleja mejor nuestras vivencias más íntimas*. En esta expresión no se busca tanto argumentar ante el lector o escuchante, como suscitar una empatía y, si llega el caso, una complicidad. Enteras corrientes filosóficas y obras completas de destacados pensadores se centran en esta línea literaria, a veces hasta poética. Ciertas verdades y experiencias no caben en un estilo más objetivador e impersonal. Es el caso, por ejemplo, de la mayor parte del existencialismo y de autores como Platón, Agustín o Kierkegaard. No obstante, la expresión literario-vivencial de grandes obras sapienciales o filosóficas no les resta vis racional o argumentativa, sino que se la potencia en su poder apelativo y clarificador.

Otras obras meritorias en filosofía muestran un cariz más científico e independiente de la propia biografía, generalmente a costa de atraer menos lectores y contraer la retórica y el arte literario. Pero en su transfondo persisten los ecos del corazón batiente que animó a la mente filosófica. La científicidad filosófica, se entiende, no es la restringida de números y laboratorio. Deja más campo libre a la pluralidad y la discrepancia, porque sus cuestiones son de tal calibre, que no caben en una mera medición o ecuación. No obstante, de necesidad la filosofía auténtica es científica, porque de su científicidad general beben histórica y conceptualmente todas las demás ciencias, las particulares. En todo caso, como es obvio, su expresión cultiva los sentidos denotativos y precisos, la más lógica y bien fundada argumentación y el debate que purifique de errores posibles.

Como vemos, *la actividad filosófica profesional puede desarrollar más el rigor científico y la formalidad académica* (con frecuencia unida al anterior) *o bien el brillo literario, habitualmente más emotivo y apasionado*. Tales modalidades reflejan, más que contenidos diversos, unos distintos y apropiados modos de ser filósofo, con sus distintos modos de comunicar filosofía. En cualquier caso, las dos vías expresivas pueden entrecruzarse y combinarse. Y ambas tienen sus dosis de retórica y de metaforización implícita o explícita, muestran de algún modo un contexto histórico y biográfico y son de profunda y amplia racionalidad.

Entre los géneros literarios ninguno es descartable para la filosofía. En todos se ha encontrado o puede encontrarse filosofía. Sin ser exhaustiva, una buena exposición al respecto se nos brinda en “La expresión filosófica” del filósofo y periodista Alfredo Marcos Oteruelo. Dejando aparte a los filósofos cuyo cauce de expresión ha sido sólo oral, señala como preferencias de los pensadores: los tratados sistemáticos, el gran y el pequeño ensayo, el diálogo, la novela, el teatro, el ensayo y el aforismo (cf. pp. 91-95).

Conviene destacar también que no hemos de restringir la búsqueda de filosofía a los autores convencionalmente clasificados como “filósofos literatos” (por ejemplo, Platón, Agustín o Bergson), sino que igualmente *se halla sabiduría y su búsqueda amorosa en los clasificados como “literatos filósofos”* (por ejemplo, Sófocles, Quevedo o Borges). La distinción es más bien convencional. La gran literatura es muy filosófica y la gran filosofía es siempre gran literatura. Incluso los puros tratados didácticos y muy metódicos, como la “Summa Theologiae” de Sto. Tomás de Aquino, mantienen un discreto aroma estético gracias a la gala de su panorámico orden catedralicio. Verdad y belleza se impulsan hacia la cumbre.

3. CLARIFICACIÓN DE CUESTIONES Y DE CONCEPTOS SOBRE LA DIVULGACIÓN FILOSÓFICA

3.1. Simplismo, cripticismo, traducciones desorientadas, anglosajonización y retoricismo frente a la necesidad universal de divulgación

Una cuestión crucial es resolver la aparente contradicción entre la profundidad de la filosofía y la superficialidad de la divulgación. Por ello, las publicaciones divulgativas sobre temas filosóficos y de cierta hondura cultural se apresuran a declarar que conjugan rigor y hondura con claridad y ame-

nidad, evitando todo lo que sea “académico”². En realidad, aquí no hay dilema entre hondura y superficialidad. *Lo que debe y puede salvarse, es la conciliación entre complejidad y simplificación*. La filosofía muy desarrollada y profesional alcanza, como cualquier otra ciencia o arte, una gran complejidad. La alta especialización puede dificultar el acceso incluso a expertos de otras áreas de la filosofía. En cambio, la divulgación, sea de mayor o menor nivel, tiende a simplificar. Basta que la simplificación pedagógica y abreviadora no tergiversar ni trivialice la esencia de unas ideas. Basta no confundir sencillez con simplismo. Con todo, el riesgo de tergiversación también se da en los tratados supuestamente profesionales de filósofos e historiadores de la filosofía. Y siempre o casi siempre la simplificación divulgadora no estriba en una reducción artificiosa de una gran teoría, sino en la recuperación natural de la sencilla idea que generó o sembró la alambicada teoría, con toda su carga retórica y, a veces, academicista.

Distinto del problema de la complejidad natural de ciertas cuestiones filosóficas es el del *encriptamiento artificial de ciertos filósofos profesionales*, sobre todo, a mi parecer, de buena parte de germanos afamados en la modernidad. Más que pedantería o alarde intelectual, muchas veces la obscuridad premeditada y convertida en hábito responde a una ocultación de la falta de profundidad y originalidad. Sin embargo, aun con tamañas carencias se pretende marcar un hito histórico. Si tal obscuridad o criptismo se alinea con consignas de hábil retórica y encuentra los conductos culturales e ideológicos interesados en promover ciertas ideas o cierta falta de ideas, un texto casi ininteligible y con poca enjundia puede convertirse en obra de culto. Pocos la leen y menos son quienes la entienden, pero muchos la compran y citan cualquier frase sugerente de ella. Es un culto insincero e interesado. Gracias a las ambigüedades de la obra, cada cual puede creer ver en ella la maravilla que no dice el texto. *Una buena divulgación debería contribuir a desenmascarar tales ídolos del pensamiento, en lugar de reforzar la propagación de su ciega idolatría*.

Otro problema de la difusión filosófica, tanto entre profesionales como entre aficionados, es el de las traducciones defectuosas. Explicar algo, incluso dentro de un mismo idioma, implica una cierta traducción de ideas. Consiste en trasladar unas ideas expuestas en unas palabras a otras palabras, fieles a las ideas y clarificadoras. Dicho traslado se dificulta con las diferencias idiomáticas. Éstas se dan frecuentemente en filosofía en traducciones del

² Así viene presentada y elogiada la revista francesa de divulgación filosófica “Philosophie Magazine”, cf. <http://padreteo.wordpress.com/2011/09/13/philomag-exito-de-la-divulgacion-filosofica-en-francia/>.

griego, del latín, del alemán, del francés y del inglés, lenguas más valoradas en nuestro ámbito civilizatorio (aunque no necesariamente las más valiosas todas ellas). A veces, se sortea el riesgo de una indebida traducción conservando el término o la expresión del idioma original. Es un procedimiento de notable éxito, empezando por el mismo término “filosofía”. Pero en otras ocasiones el calco idiomático y la absorción del término foráneo sólo muestran impotencia traductora o incompreensión e incluso mero esnobismo. Esto es frecuente con el alemán, debido a su sobrevaloración como lengua filosófica. Con las lenguas antiguas es una plaga toda clase de anacronismos. Mas insistamos: en este terreno los errores divulgativos suelen venir heredados de traducciones supuestamente serias y rigurosas.

Un ejemplo elocuente y muy extendido es el de traducir el griego “osion”, el concepto clave del diálogo platónico “Eutifrón”, como lo “piadoso”, cuando por lexicografía elemental y por contexto de la obra ha de traducirse como lo “divinamente justo”. La piedad es sólo un aspecto de la justicia divina. Hay que asumir que en otras lenguas y estadios culturales se poseen conceptos de los que nosotros carecemos.

Junto al asunto de las traducciones y los neologismos, conviene retomar el hecho de que *la divulgación filosófica tiende a anglosajonizarse desmedidamente*, como también ocurre en otros campos de la cultura. En ciertas áreas de la filosofía (como la actual filosofía de la ciencia) parece que todo se dice y se hace desde el ámbito anglogermánico (acaso con algún francés intercalado y alguna exótica excepción) y vertido todo al inglés, idioma que tiene particulares dotes divulgativas, pero carece de la raigambre del griego y del latín. Hemos llegado a un punto en que hasta para el personal más académico hay que elaborar traducciones y textos divulgativos de los clásicos grecolatinos, dado su desconocimiento directo de tales clásicos. De los clásicos hebreos ni hablemos. Sin duda el inglés y la cultura anglosajona, como en general la germánica, atesoran grandes méritos culturales y filosóficos sobre todo en tiempos modernos y contemporáneos. Y es útil contar con una lengua franca internacional. Sin embargo, el uniformismo conceptual llega a ser excesivo en varios campos y resulta, más que una mera herramienta de comunicación, una auténtica sumisión cultural sutilmente neocolonial. Esto no conviene ni a los mismos germánicos y anglosajones, pues buena parte de sus raíces culturales, sobre todo filosófico-teológicas, son eminentemente grecorromanas y patrístico-escolásticas. Su minimización implica a la larga su propia autodestrucción cultural, ya en curso.

Insistamos en que la divulgación filosófica es muy necesaria para la común ciudadanía, pues no podemos conformarnos con la escasa formación filosófica de sistemas educativos generales como los mediterráneos y

que es nula o mínima en la Europa central y nórdica (por ej., Alemania) y en otros muchos países como los EE.UU. *También se necesita cierta divulgación filosófica incluso para los catedráticos y las más altas lumbreras de la filosofía.* Como hemos advertido, en general los mismos científicos también necesitan la divulgación procedente de áreas de sus colegas. Hoy en día cualquier gran experto en filosofía desconoce mucho o casi todo lo que se está elaborando o se ha elaborado en varias áreas filosóficas distintas de la suya. A nadie puede pedírsele que sea experto en todas o en muchas ramas del frondoso árbol filosófico. Pero, dada la íntima interdependencia entre todo lo filosófico, quien se aleje en exceso de las claves de las principales disciplinas (epistemología, metafísica, ética, estética y antropología, junto a la historia del pensamiento), perderá competencia incluso en su propia área de especialidad. El más sabio es el más solícito en buscar y acoger esa buena divulgación que necesita. Es el más consciente de la necesidad universal de divulgación.

Hemos declarado que la filosofía, como todo lenguaje y cultura, es retórica. Contiene pasión, convicciones emotivas, honda creatividad subjetiva en el fondo y en la forma. Es simbólica y metafórica, connotativa y sugerente más allá de lo que aparentemente dice. Es retórica en alto grado, incluso cuando muestra su perfil más objetivo y discreto, porque hay tal amplitud en su contemplación y mensaje, que sólo con un tupido cauce de recursos retóricos, puede acertar a expresar tanto. *El problema aquí se da cuando la retórica se reduce a luces de neón que tapan un vacío o magnifican propagandísticamente ideas pobres o inconfesables intereses. Es un retoricismo, aunque nada ingenuo ni imparcial.* A veces se alcanzan estridentes tonos mesiánicos, que, no obstante, se han dado por buenos hasta formar parte de lo políticamente correcto y académicamente incuestionable.

Por ejemplo, ¿quién cuestiona que lo que Kant se atribuyó, fue realmente el “giro copernicano” de la filosofía?. Debió de sobresaltarse desde los cielos el buen Nicolás Copérnico al ver que alguien contrario a su realismo científico y filosófico usaba su apellido para consagrarse con una revolución subjetivista, que en todo caso ya estaba perfectamente diseñada al menos desde Descartes. ¿Cuántos han puesto un serio interrogante al lema publicitario del “Siglo de las luces” o al presupuesto de que todos los “ilustrados” merecían tal cualificación? ¿Fue Descartes realmente “el padre de la filosofía moderna” después de dos siglos de insignes filósofos modernos?. Más que ante retórica parece que estamos ante un vulgar marketing de ideas, que a veces lanza el aspirante a laureles históricos y a veces es elaboración de determinadas corrientes académico-ideológicas. La mayor parte de la divulgación retórica en curso, y en general las enseñanzas re-

gladas de filosofía, se han hecho cómplices de esta intoxicación acrítica. La esperanza en la salida de tales cavernas estriba en *valientes filósofos profesionales y en gentes corrientes de buen entender que, libres de tales prejuicios y categorías viciados, se abran a una nueva divulgación.*

3.2. Distinciones conceptuales: del “periodismo filosófico” a la “divulgación filosófica”

Aparte de las cuestiones y problemas presentados, conviene unas aclaraciones conceptuales elementales diferenciando entre “periodismo filosófico”, “filosofía periodística” y “filosofía divulgativa”; entre “filosofía del periodismo” y “periodismo de la filosofía”; y entre “educación”, “formación”, “instrucción”, “información” y “divulgación filosóficas”. En formas e intensidades diferentes, todas son *modalidades de la comunicación filosófica.*

“*Periodismo filosófico*” puede entenderse prioritariamente como la labor informativa y de fomento de la opinión acerca de la actualidad filosófica. Por ser ante todo periodismo, se supone que lo realizan ante todo periodistas con sólidas inclinaciones y formación filosóficas. También puede atribuirse a titulados en filosofía con claras habilidades y actitudes periodísticas que se vuelcan en dicha actividad antes que en desarrollar una especialidad o una serie de investigaciones filosóficas. En cambio, y aunque la diferencia pueda parecer demasiado sutil y hasta quisquillosa, *la filosofía periodística o periodismo de la filosofía* es la actividad de los filósofos propiamente tales que con gran claridad informan y opinan ante un gran público sobre el pensamiento filosófico de más actualidad. Un ejemplo eximio es el de José Ortega y Gasset. A su vez, la noción de “filosofía periodística” ha de distinguirse de la de “*filosofía divulgativa*”, con la que no siempre coincide. Ésta no ha de estar pendiente de lo considerado de actualidad. La filosofía divulgativa simplemente procura ampliar al máximo para el gran público la accesibilidad de cualquier tema, idea o autor de filosofía considerados de interés general. En todo caso, frente al periodismo sobre actualidad filosófica (normalmente en medios muy generalistas y de edición muy frecuente), aquí tenemos filosofía que se presenta en forma periodística (más propia de publicaciones algo especializadas, aun teniendo también entrada en medios generales). Ambos procesos bien pueden converger y hasta confundirse. En definitiva, se trata de la noticia en clave filosófica o sobre filosofía, o bien de la filosofía hecha noticia.

La filosofía del periodismo conjuga reflexiones epistemológicas y ético-estéticas, así como antropológicas, en torno a lo más esencial o universal de la labor periodística como eje de las actuales culturas³.

Ya hemos explicado que en su dimensión comunicativa la filosofía es eminentemente educativa. Es educación fundamental sobre los fundamentos generales. Es de máxima profundidad y amplitud de miras. Educa la mente con sabiduría y el corazón con amor. *La educación filosófica es la filosofía misma en plenitud de facultades, en plena efectividad*. Porque, si para algo sirve la filosofía, es para educar, para humanizar a los hombres, haciéndolos filósofos.

La educación saca de los hombres lo mejor de ellos mismos, conduciéndolos desde una buena base o raíz. La etimología latina “e-ducere” (“sacar”, “conducir desde”) así lo sugiere. La experiencia educativa lo confirma. La educación tiene vocación de gran interiorización y sólido perfeccionamiento global de la persona. Pocas disciplinas pueden aportar tanto a la interiorización y al perfeccionamiento global de la persona como la filosofía, justo por constituir el saber de mayor hondura y amplitud “ad extra” y “ad intra” de la persona. Por ello, *la educación ha de ser fundamentalmente filosófica, si es que ha de tener el necesario fundamento. La filosofía misma es toda ella magistralmente educativa y la educación auténtica es vertebralmente filosófica*.

La formación filosófica no aspira a tanta personalización y hondura como la educación, aun cuando procura una notable profundidad y solidez. Gracias a éstas se distingue de una mera *instrucción filosófica* (adquisición fragmentaria de datos filosóficos ordenados y de ciertas habilidades en su manejo). La formación filosófica proporciona un tejido de notable amplitud de datos filosóficos y una más extensa, variada y coordinada gama de habilidades de análisis y síntesis de pensamiento filosófico. Generalmente se ofrece en sistemas institucionalizados de enseñanza, sin descartar vías más autodidactas. Dichas instituciones con frecuencia no logran dar una auténtica formación filosófica, quedándose en mera instrucción erudita.

La investigación filosófica podemos verla como la punta de lanza de toda la experiencia filosófica. Surge de la vivencia de asombro global ante la realidad. Aunque desarrolle particularmente algunos aspectos, en tanto

³ Obras recomendables para introducirse a la filosofía del periodismo son las siguientes. De José Manuel Chillón, *Periodismo y objetividad (Entre la ingenuidad y el rechazo. Esbozo de una propuesta)*, 2007; y *Filosofía del periodismo (Razón, libertad, información)*, 2010. De Joaquín Jareño, *Ética y periodismo*, 2009. La segunda obra del profesor Chillón, filósofo y periodista, aborda tanto el valor de la verdad y de la objetividad, como la ética personal y cívica en periodismo.

la investigación es filosófica, mantiene una perspectiva de máxima penetración y amplitud. Precede a los demás niveles de enseñanza-aprendizaje de la filosofía y se retroalimenta con ellos, sobre todo con el educativo y el formativo. La misma investigación es un aprendizaje pionero y autodidacta de gran especialización. Su afán es el desvelar lo desconocido para después compartirlo en la enseñanza, llegando a la divulgación.

La divulgación filosófica se acerca a la ya presentada filosofía divulgativa. Ésta es ante todo filosofía, como indica su nombre. Su peculiaridad es que nace con una intencionalidad divulgativa, de gran difusión simplificada. En cambio, la divulgación filosófica es una aproximación en cierto modo “profana” hacia una compleja elaboración filosófica para reducirla a una versión accesible a un público general.

3.3. Ciencia, academia y divulgación y la profundidad comunicativa de la filosofía

Aún hemos de distinguir diáfananamente entre las nociones de lo “científico”, lo “académico” y lo “divulgativo”, aun reconociendo que en la realidad concreta hay amplias confluencias. *Las ciencias* son saberes rigurosos en su afán de comprobación objetiva y progresivamente especializados, cultivados por una comunidad de expertos que intentan conocer con precisión y certeza sus respectivas amplias áreas de realidad. *Lo académico* se refiere a la dimensión docente-institucional de las ciencias y las artes. Las “academias” así denominadas y cualquier institución dedicada a la enseñanza reglada concentran y representan la vida académica. Ésta incluye toda la enseñanza científica, pero abarca también las bellas artes y otros relevantes aspectos de la cultura, como el cultivo y promoción de una lengua. Destaca en lo académico un cariz institucional, con cierta reglamentación estable, y una vocación educativa o al menos formativa. La ciencia de suyo, aunque frecuentemente instalada en los cauces académicos, puede avanzar con autonomía y no siempre comprometida con la enseñanza. En este sentido, las ciencias gozan de mayor libertad y su único compromiso se da con el avance en la verdad especializada.

Por su parte, *la divulgación* consiste en difundir una versión simplificada, pedagógica y abreviada de cualquier teoría científica o elaboración cultural especializada relevantes para un amplio público. Su función es no sólo acercar un alto y arduo conocimiento al gran público, sino también suscitar vocaciones a la investigación y fomentar un sentido más social, compartido y democrático del conocimiento especializado. La divulgación

abarca varios niveles: desde la destinada a un público infantil (dentro o fuera del sistema educativo) hasta la alta divulgación, colindante con la ciencia básica, que ya encontramos en bachillerato y primeros años de universidad, así como en revistas científicas de difusión general. Puede encauzarse por vías académicas o bien informales. Puede centrarse en temáticas estrictamente científicas o bien sobre otras áreas especializadas de la cultura, como las artes. En suma, *ciencia, academia y divulgación se distinguen y tienen su autonomía recíproca, pero confluyen de continuo y colaboran por bien de la cultura, es decir, por bien de la humanidad.*

El peligro estriba en la tumoración de una de estas tres vías de la cultura, dando lugar respectivamente al cientificismo, al academicismo y a la trivialización. Obviamente, el cientificismo es anticientífico, el academicismo, antiacadémico, y la trivialización es antidivulgativa. Diagnostiquémoslos en breve.

El cientificismo consiste en una interpretación triunfalista y mesiánica de la ciencia, entendida reduccionistamente como empírico-matemática. Entre sus más claras formulaciones cuentan la positivista y la marxista. Desde el siglo XX sus reediciones se han hecho algo más sutiles y escurridizas (por ej., el neopositivismo) y ya no prometen grandes cambios sociales y paraísos terrenos, pero insisten en cierto triunfalismo de una ciencia empírico-matemática, cuya primera víctima es la visión profunda de la realidad, esto es, la metafísica. De no haber recibido los correctivos pertinentes, nos habría conducido a una cultura aún más superficial que la ya provocada por su influjo.

En tal ambiente de superficialidad y de intereses cortoplacistas encuentra su caldo de cultivo *el academicismo*, que devora la vitalidad del pensamiento en centros de estudio y de investigación. El academicismo va reduciendo la enseñanza y la producción científico-académica al cumplimiento de unas formalidades externas, entre las que destaca la cita erudita acumulada. Es la “citocracia” academicista, similar a la de ciertas sectas que en su proselitismo pretenden abrumar con una cascada de citas sagradas utilizadas con su sesgo particular, al margen del sentido global del propio texto sagrado. Los academicistas suelen ser muy sectarios, maquiavélicos y farisaicamente corporativistas, sólo que más burocráticos que las sectas pseudorreligiosas. Además de los cerrilmente academicistas, un difuso academicismo endémico se ha expandido en una esfera más amplia. La plaza pública de la vida intelectual cada vez se halla más dominada por el afán de publicar en revistas y editoriales calificadas de gran “impacto”, es decir, que sean muy citadas, aunque sea en contra. Al final, lo que se considera académicamente excelente, se reduce a un mero criterio cuantitativo y no cua-

litativo. A veces, sólo a veces, unas citas oportunas y relevantes son necesarias o convenientes. Acaso algo del actual sistema sea rescatable, al menos como mal menor, pero en su conjunto ya está desquiciado, sobre todo en filosofía y demás humanidades. Es triste que el primer criterio de excelencia de una universidad sea el del número de premios nobeles con que cuente, dado que tal premio en numerosas ocasiones está sujeto a arbitrarios intereses políticos. Sumemos la tremenda endogamia que impera en sistemas universitarios como el español. En fin, en este estado de cosas, donde lo científico es la cita, supuestamente apropiada, el mismo Platón sería expulsado de la Academia. Prácticamente ninguno de los grandes filósofos, incluidos los contemporáneos, ha seguido las pautas de lo que hoy se considera un buen texto académico en filosofía. Tal cambio no responde a una real mejora o modernización de criterios, sino a una esclerotización de las mentes. Quien no tiene nada que decir, pero necesita publicar para hacerse notar, se aferra a la cita y, para justificarse, obliga a otros a citar compulsivamente. Un academicista es el clon de otro academicista⁴.

La divulgación no es excusa para una vulgarización o trivialización de contenidos más extensos y complejos. Como ya decíamos, debe no tergiversar el mensaje. Y sobre todo, debe no servir de correa de transmisión de ciertos sesgos ideológicos ya presentes en la ciencia oficial del momento. Si el nivel científico o académico de la divulgación desciende respecto de la investigación o ciencia especializadas, el nivel de rigor moral debe ser tan alto o mayor, pues se destina a más personas.

Particularmente, *en divulgación filosófica el actual problema es que ya hay mucha divulgación, pero poca filosofía.* En general, dados los modernos

⁴ En sede académica *funestos son tanto el academicismo como la falta de profesionalidad intelectual*, extremos que en definitiva convergen. Por un lado, una unilateral crítica antiacademicista podría fomentar la anarquía y la veleidad en los estudios. El despecho por una injusticia académica no justifica tan descompensada crítica. Por otro, conducen a un vaciamiento intelectual y hasta un práctico nihilismo la unilateralidad en el rigorismo de las meras formalidades académicas, la letra sin espíritu, y el legalismo y el costumbrismo en docencia y publicaciones. Hay que criticar y evitar ambos extremos, procurando *un equilibrado rigor académico*.

Dos referencias que, combinadas, ilustran este equilibrio autocrítico, pueden ser la “Guía para el estudio de la filosofía (Referencias y métodos)”, de Ignacio Izuzquiza (1994) y “El pensador de éxito (Manual secreto para intelectuales de moda)”, de Celso de Lamich (1999). Son obras publicadas por la misma editorial (Anthropos) y en la misma colección. La primera representa el cuidado sistemático con que recabar una amplia, pertinente y fidedigna información para saber exponerla con acribia y claridad según diferentes formatos. La segunda obra muestra en un simpático tono irreverente y con mucha ironía los afanes por aparentar en los que, en mayor o menor medida, podemos caer todos los dedicados al pensamiento.

sistemas de edición y el creciente número de personas interesadas en filosofía, se publican más que nunca textos que apelan a una relación directa con la filosofía. Pero esto no garantiza que se hayan escrito con espíritu y altura filosóficos. De nuevo el problema es: mucha cantidad frente a poca calidad. En buena medida esto se debe a que la formación dominante en los centros de enseñanza de filosofía es ante todo histórico-erudita. Nuestros titulados en filosofía suelen ser, antes que filósofos, meros historiadores de la filosofía, y sólo de cierta vertiente de dicha historia. El mismo canon oficioso de historia de la filosofía es sumamente parcial y desequilibrado.

Con todo, no ahondemos en este diagnóstico tan lamentable. Animémonos pensando que la filosofía y su comunicación están ínsitas en la condición humana, que antes o después resurge de sus propias miserias. Tengamos en cuenta, eso sí, que tal resurgimiento de la filosofía y su comunicación exige un filosofar desde la propia vida, muy sincero, sin tapujos ni respetos humanos. Y a la vez requiere una gran apertura al otro, con quien de verdad queremos contactar en lo más profundo, en un esfuerzo continuo de empatía. En lo más profundo es donde los hombres podemos encontrarnos de verdad, pues en lo superficial y lo intermedio siempre prevalecerán las diferencias. Así, *la filosofía comunicará el mejor ejemplo de armonización entre lo subjetivo y lo objetivo, y entre lo individual y lo social. La profundidad de la filosofía es el cauce de comunicación universal.*

4. PANORAMA DEL PERIODISMO FILOSÓFICO Y LA FILOSOFÍA DIVULGATIVA

También los más grandes de la filosofía necesitan y realizan divulgación. Es signo de grandeza de espíritu filosófico el saber descender del propio Olimpo para convertir la propia inmortal filosofía en una enseñanza mortal y sencilla. Ésta ante todo ha de estimular a pensar en profundo, a hacerse más y mejores preguntas y, en definitiva, a desarrollar esa vocación humana a ser filósofo y hallar las principales verdades de la vida.

¿No fueron todos los diálogos y cartas platónicas ejercicios exotéricos de gran divulgación?. Que también hayan hecho cavilar durante milenios a miles de estudiosos y académicos, no les resta su vena divulgativa. En filosofía el contraste entre lo divulgativo y lo profesional no impide confluencias mantenidas, no es como en las ciencias particulares. En su célebre Carta VII (reconocida mayoritariamente como auténtica) nos informa el ateniense de que su filosofía más profunda o esotérica la comunicaba solamente por vía oral y a discípulos de máxima confianza. ¿Y qué hizo su

maestro Sócrates sino divulgar para todo ciudadano que se prestaba al ejercicio práctico de pensar la virtud para ser virtuoso y buen ciudadano, de acuerdo con la divinidad?. Es cierto que otros autores no pasan de meros divulgadores de ideas ajenas. En cambio, *los clásicos, como Sócrates y Platón, divulgaban grandes ideas propias e inducían a elevados pensamientos que marcarían toda la filosofía profesional hasta nuestros días*. Divulgaron tan sumamente bien, que fueron mucho más que simples divulgadores.

En la actualidad se ha dado, sobre todo en los últimos años, un estallido divulgador de filosofía en formatos tradicionales y novedosos. Divulguemos una muestra variada de la divulgación filosófica. No se tratará de entrar en una muestra extensa ni en un análisis pormenorizado de las diferentes opciones, sino de un variado abanico con el que hacerse una buena idea inicial del territorio divulgativo que se le abre a la comunicación filosófica. Presentaremos sumariamente la blogosfera filosófica, la publicación de libros y revistas, el asesoramiento filosófico, las tertulias filosóficas, algunos programas radiofónicos y televisivos, la filosofía para niños y los certámenes filosóficos para adolescentes. También son dignos de mención algunos cursos de filosofía en la universidad de la experiencia. El teatro nació filosófico-teológico al menos desde las tragedias griegas. Sería difícil no ver cuestiones filosóficas planteadas en las grandes obras del cine, como ya hemos dicho de la literatura. Pero estos grandes géneros artísticos no los abordaremos en este repaso de actualidad y novedades.

Los blogs de filosofía representan un escenario muy vivo y variado de interacción donde la personalidad y los intereses del filósofo pueden expresarse con gran libertad y a la vez obtener gran difusión e intercambio de ideas. A modo de ejemplo, en esta nota puede encontrarse una amplia muestra de blogs españoles de filosofía⁵. Aun destacando los blogs por su vivacidad, no olvidemos las webs, sobre todo de asociaciones, instituciones y facultades de filosofía.

El mayor aumento de divulgación filosófica se ha registrado en *libros*, a veces conformando enteras colecciones. De éstas tuvo un éxito notable en varios países la titulada "Piruletas de filosofía". Consistía en unos cuadernitos con formato e ilustraciones infantiles (en la contraportada se decía que era para niños de hasta ocho años), pero que cautivó a muchos adolescentes y personas de más edad. Desde hace décadas se ofrecen de vez en cuando en los kioscos series de libros de filosofía a precios rebajados. Esto ha acercado mucho grandes obras históricas de pensamiento al gran pú-

⁵ http://www.rafaelrobles.com/wiki/index.php?title=Blogs_filos%C3%B3ficos.

blico. Ahora, el libro superventas, leidísimo y que marcó el definitivo auge de la divulgación filosófica de libro fue “El Mundo de Sofía”, del noruego Jostein Gaarder. Curiosamente fue un gran éxito intergeneracional en toda Europa, mas no en los EE.UU... Otro buen ejemplo de divulgación de la tradición filosófica a un público menudo es la obra “Aristóteles, el maestro de los que saben”, de Alfredo Marcos Martínez (2009). Además de la divulgación histórica, está la divulgación temática. Como ejemplo de ésta, y pese a estar inserta en una colección de historia de la filosofía, mencionemos la obrita de Alfonso Pérez De Laborda “La Ciencia contemporánea y sus implicaciones filosóficas” (2002). Estos dos últimos libros muestran cómo dos expertos en filosofía de la ciencia saben adaptar un mensaje a un amplio público.

Desde antaño se han publicado numerosas revistas de filosofía de alta divulgación, para lectores algo avezados, pero su tirada y propagación eran muy limitadas. Unas pocas llegaban incluso a los kioscos y otros puntos de venta de prensa, descollando por su veteranía en España “La Revista de Occidente”, fundada por Ortega. También ha habido de vez en cuando artículos filosóficos aislados en revistas culturales generalistas. Y siempre cabe decir que lo filosófico subyace doquiera haya algo de hondura y amplitud de miras. Lo novedoso es que en los últimos años han aparecido *revistas centradas en filosofía que con un formato muy comercial y atractivo llegan regularmente a un numeroso público*. La gente se suscribe o las compra en kioscos. En ocasiones se adquiere con ellas un libro de un filósofo célebre. Se procura dar un enfoque ecléctico, con gran diversidad temática y riqueza cromática de ilustraciones.

Como ejemplo, podemos señalar la ya citada revista francófona “Philosophie Magazine”, que difunde 50.000 ejemplares mensuales desde marzo de 2006. Es iniciativa de unos jóvenes filósofos franceses y belgas. Desde enero de 2012 también se publica su versión alemana. En las portadas de estas revistas encontramos preguntas que no suelen destacar entre los titulares escritos por filósofos: “¿Nos hace malvados la tele?”, “¿Por qué tenemos hijos?”. Pero el que la revista alemana inicie su andadura privilegiando en portada a un personaje tan de moda, pero de ideario tan antihumanista como Peter Singer, dice poco a favor de su deseable ecuanimidad y humanismo. Aunque muy abierta también a problemas político-sociales, la revista comercial española “Filosofía Hoy” se muestra más centrada en cuestiones clásicas. El tema de portada de su primer número ya fue: “¿Existe Dios?. La primera y la última pregunta”. Y, sin tal línea comercial y ecléctica, ya ha superado el centenar de números la revista “Acontecimiento”, de pensamiento personalista y comunitario. Es notable por su difusión, por su longevidad

basada en un trabajo altruista y militante y por su apertura desde la filosofía a todo tipo de temática sociopolítica, económica y religiosa, con un formato muy legible y un estilo penetrante. A nivel escolar otra iniciativa elogiada es la del “Boletín Filosófico Tal Cual” del “Instituto de Enseñanzas Medias Ordoño II”, de León. Ya ha pasado de los cincuenta números. En él escriben indistintamente profesores y alumnos.

En las últimas décadas se va abriendo paso un movimiento autodenominado de “filosofía práctica”, conocido en especial por sus actividades de *asesoramiento filosófico y la organización de talleres y tertulias sobre temáticas de filosofía*. Se asume que ya desde Sócrates la filosofía se constituyó como un diálogo, como una práctica de pensamiento compartido, lo cual es muy cierto y sabido. Además, se enfatiza el contraste entre una filosofía anclada en la mera teorización y encerrada en círculos académicos o de expertos y la práctica que se propone a todo el mundo. Es pues un loable movimiento divulgador en el que quien recibe la divulgación, es parte activa. Con todo, y como las denominaciones son significativas, en este caso y en otros antiguos no termina de ser convincente la expresión “filosofía práctica”, al menos si se contrapone al de una supuesta “filosofía teórica”. Toda la filosofía, en tanto tal, es sumamente teórica, y a mucha honra. Dedicarse a ella es ya filosofía práctica, en el sentido de filosofía practicada. Distinto es que una teoría, filosófica o no, tenga una aplicación más o menos directa. La filosofía, en cuanto sabiduría de vida, orienta la vida, pero lo suyo es la teoría o contemplación, que es la práctica más noble.

Citemos como asociaciones dedicadas a estas prácticas filosóficas ASEPRAF y el Grupo ETOR. Estas asociaciones tienen ya una sólida experiencia en formar a monitores y asesores. La asociación ECUÁNIMA organiza cafés filosóficos. También ha surgido una abundante literatura comercial que a veces se confunde con los libros de autoayuda. Un libro muy conocido de esta corriente es el del canadiense Lou Marinoff “Más Platón y menos Prozac”.

La radio facilita una actitud de escucha y de directa interacción oral que no poseen otros medios. De ahí su especial aptitud como cauce de comunicación filosófica. Sin embargo, son muy escasos los programas de filosofía en la radio, pero van surgiendo. Al parecer fueron memorables las sesiones en la BBC en las que debatieron Copleston y Russell. Desde Radio UAN (Universidad Autónoma de Nayarit) se emite en México tres veces por semana “Filosofía para todos”. En España el primer programa filosófico continuado que conozco, lo realicé durante un año (en torno al 1.996) en la emisora juvenil vallisoletana Onda Verde, con la colaboración de unos alumnos y un estudiante de filosofía. Con el mismo nombre, “Cóndor y Sub-

marino”, y línea similar he realizado durante dos años (entre 2010 y 2012) un programa en Radio María, de cobertura nacional. También en Valladolid varios profesores universitarios y de bachillerato (J. Chillón, S. Castro, A. Marcos, P. Herráiz y otros) produjeron hace años unos programas para la emisora local de Laguna de Duero sobre temas cruciales de filosofía, bajo el título “Filosofía en antena”. De esta experiencia surgió un útil material didáctico en forma de CD-ROM. Desde hace pocos meses en una emisora local de Salamanca, Radio Oasis, unos jóvenes filósofos ofrecen semanalmente el programa “Eidos”, en la línea de la “filosofía práctica” ya reseñada. En *televisión* es aún más difícil encontrar un programa continuado plenamente dedicado a la filosofía. Al menos, en el canal 2 de Televisión Española hemos contado durante un breve periodo con una emisión semanal de entrevistas a diferentes filósofos (“Pienso, luego existo”).

Está consolidado en varios países el método de Matthew Lipman para enseñar *filosofía a los niños* mediante novelas filosóficas que estimulan su reflexión. En realidad, los niños suelen poseer una cualidad que brilla en los filósofos: la curiosidad insaciable por las grandes preguntas. También hay que facilitar el filosofar a los adolescentes, que con su proverbial inconformismo también muestran un aspecto del espíritu filosófico. Con esta noble intención se muestran muy fructíferos *los certámenes* de redacción o debate que para ellos se organizan. En Cádiz tuvo años de vigencia y gloria el certamen “Moderato de Gades”. Primero en Castilla y León y después en Madrid también están en pleno auge sendas Olimpiadas Filosóficas. Y no olvidemos la Olimpiada Filosófica Internacional.

5. CONCLUSIONES PRÁCTICAS

En conjunto, importa extraer unas conclusiones prácticas de estas páginas como *apasionante tarea pendiente tanto para numerosos profesionales de la filosofía como para cada persona humana, que, como tal, vive en intensa comunicación enraizada en la filosofía*. Las principales tesis teóricas ya se han ido formulando y argumentando en cada sección. Ahora bien, dado el carácter pionero de nuestro estudio, esperamos desarrollar más algunas de tales tesis en futuros trabajos y que otros colegas también aporten sus perspectivas y desarrollos.

La cuestión o tarea que queda abierta para la consideración de muchos pensadores, es la siguiente: *en el marco de la comunicación filosófica se ha hecho y se hace mucha divulgación y es hora de reflexionar sobre ella para mejorarla por bien de la humanidad*. Hoy en día la divulgación filosó-

fica es no sólo una necesaria condescendencia hacia el gran público, sino que también a los mismos profesionales de la filosofía nos conviene sobremanera reforzar con ella las áreas filosóficas que vamos olvidando o que nunca hemos estudiado convenientemente.

El estudio crítico de la divulgación filosófica conlleva *el reexamen del conjunto de la comunicación filosófica, que tiene mucho por mejorar para mejorar nuestras vidas*. Es sabido que muchos problemas filosóficos y de la vida son de comunicación. Los problemas de comunicación en filosofía se deben en última instancia a que no conectan con la realidad de la vida en general y con la realidad de la vida del otro al que nos dirigimos. Y los problemas profundos de comunicación de la vida, los más personales, hunden su raíz en una distorsión de los valores humanos y de una correcta cosmovisión, es decir, en una problemática filosófica. De ahí que educarnos bien en filosofía y su comunicación toda la vida es de lo mejor para nuestra global educación vital.

La filosofía, exponíamos al principio, es de suyo comunicativa. Y la comunicación es, en el fondo, filosófica, pues se basa en profundos y globales criterios racionales. En las lenguas mismas subyacen ideas y criterios filosóficos claves. Toda la vida humana, desde su entraña verbal, consiste en un arte de comunicación. Algunos poseen mentes penetrantes, buen estilo expositivo y una nutrida erudición filosófica, de modo que parecen privilegiados para producir grandes obras de filosofía. De hecho escriben y adquieren fama. Sin embargo, son muy pobres en transmitir verdad densa y novedosa, pues ya su íntimo humus biográfico era pobre de solemnidad. Es cierto que para vivir bien hay que pensar bien, pero también, y aún con más razón, para pensar bien hay que vivir bien. El pensar es parte esencial de la vida humana y madura con ella. Por tanto, mientras seguimos meditando sobre la comunicación filosófica y su divulgación, *procuremos todos los seres humanos hacer de nuestra vida un arte de comunicación y filosofía*. Esto ya es un gran objetivo en sí y además nos proporciona la global experiencia de vida para tener sobre lo que reflexionar bien.